

de comer, por lo que no dudó en contarle al buen señor sus desventuras. Si sorprendido estaba por lo que había visto en su largo paseo, más aún se sintió ahora ante la hospitalidad soriana: el lugareño en cuestión no sólo hizo lo posible por paliar sus deficiencias alimentarias haciendo él mismo de camarero al otro lado de la barra, sino que se prestó a acercarse a nuestro amigo hasta su coche, sito allende los cañones.

Durante el camino de vuelta llegó a varias conclusiones sobre los sorianos: primera, que hablan muy deprisa; segunda, que son muy reservados, tercera, que, en cambio, son muy hospitalarios. Nuestro hombre se quedó encantado con la tierra descubierta y así lo fue contando, durante los 5 días siguientes, a todo el que se prestaba a escuchar. Le parecía que el Sur de Soria era una réplica del “Paraíso”, pese a poseer tan pocos lugares donde comer y dormir.

A partir de ese momento comenzó con asiduidad a visitar la tierra que le había cautivado y a ampliar, poco a poco, sus horizontes de exploración. Llegó el otoño y el color del campo le pareció asombroso: amarillos, rojos, toda la gama de marrones y muchos más. Recorrió las eternas llanuras, las gargantas, los montes y los pueblos cargados de historia y de edificios de incalculable valor. Llegó el invierno y se sintió fuertemente impresionado por el paisaje nevado; la denominada “Sierra de Pela” le resultó grandiosa y le atraía especialmente. Llegó la primavera y no podía creer la existencia de una zona donde la vegetación pareciera explotar de esa manera.

Aprendió a amar la tierra, aprendió, asimismo, a entender a los habitantes y a sentirse a gusto entre ellos. Recuperó sus antiguas lecturas de Machado y se identificó con sus escritos, ya que percibió en sus versos las sensaciones que él mismo sentía. Llegó a ampliar su vocabulario ad-

quiriendo expresiones inéditas para él; así cuando encontraba a alguien conocido preguntaba, al más puro estilo soriano: “¿Qué tal vives?; o se despedía hasta una nueva visita diciendo: “Nos vemos en el bar y tomamos unos cacharros (=Copas)”.

Habrás comprendido conmigo, amigo lector, que nuestro protagonista no cabía en sí de gozo. Por desgracia la felicidad resulta un estado tan pasajero que imagino que, como yo, estarías a la espera de ver tanta dicha truncada: así fue. A medida que el tiempo pasaba nuestro amigo veía como su “paraíso” se iba destruyendo (si será verdad que ya ni siquiera tenía mayúscula la letra inicial). Un día, haciendo acopio de fuerzas, se puso frente a la verdad y consiguió situar en su sitio las siguientes oraciones:

En Soria cada día hay menos gente y, sobre todo, joven; la supuesta política de concentración en ciudades está acabando con la vida de los pueblos; las carreteras de acceso a las poblaciones son, en su mayor parte, un desastre; la inexistencia de trenes y autocares produce una falta de movilidad lógica en propios y extraños.... y, así, un largo etcétera.

En aquel momento sintió rabia y vergüenza: él, que amaba su país, consideró que, fuera de los límites de Soria, nadie se preocupaba por esa provincia y era como si en medio de su patria existiera una cerca con puertas señalizadas y letreros que informaran: “Está Vd. entrando en el tercer mundo”. Y sintió más rabia y vergüenza; y más aún cuando quiso hablar con sus amigos sorianos y resultó imposible porque lo de la telefonía, en los pueblos del Sur, tenía más visos de anécdota que de realidad.

Pero no debemos preocuparnos, amigo lector, porque nuestro indestructible protagonista es de esos que no se rinden fácilmente. En ese